

OVACIÓN FINAL
BASILIUS FOROFO

—Es una profesión como otra cualquiera —se defendió Julio cuando a su cita se le traslució la perplejidad en los ojos y en la forma de dejar el tenedor con el bocado de *risotto* a medio camino del plato y de la boca.

Ella se llamaba Claudia y se habían conocido a través de una aplicación de móvil para encontrar pareja.

—¿Por aplaudir? ¿En serio te pagan por aplaudir? —preguntó la chica sin poder contener ya una media sonrisa.

—Soy aplaudidor, sí —respondió él; y para darle mayor dignidad a sus palabras, añadió—: aplaudidor profesional.

Era cierto. Lo contrataban en todo tipo de eventos: desde conferencias hasta estrenos de películas, desde programas de televisión a mítines políticos.

—¿Y si no te gusta el espectáculo? —quiso saber Claudia.

—No atiendo a lo que ocurre o a lo que dicen; me limito a acechar el instante propicio para el aplauso. Pero no es tan sencillo como parece. —Julio esperó a comprobar el efecto que producían sus palabras, tomó un sorbo de vino y continuó—: Cada situación requiere un tipo de aplauso concreto: intensidad, oportunidad, duración, sonoridad... son factores a tener en cuenta.

Hasta ese momento la cena había transcurrido de forma más bien convencional y monótona, pero a raíz de que Julio confesara su modo de ganarse la vida, Claudia se había convertido en una burbujeante vasija que rebosaba espontaneidad y curiosidad.

—Y cuando vas por tu cuenta a ver una película o a una conferencia... —Ella quería saber más y había inclinado el cuerpo hacia delante hasta tocar con el torso el borde de la mesa.

—Me abstengo de aplaudir: no me gusta mezclar trabajo y vida personal. Además, yo no trabajo gratis —aclaró Julio con seriedad excesiva, como quien se esfuerza por demostrar que no es un idiota; Claudia, sin embargo, no podía parar de reír y casi se atragantó con el vino.

En el alma del aplaudidor se confundieron cierta vanidad por estar divirtiéndose a su cita y la sospecha de que se burlaban de él. «No tengo nada que perder», pensó convencido de que ya lo había perdido todo; y bajo ese impulso de órdago, de todo o nada, de quemar las naves, se dispuso a abrumar a Claudia con aspectos más concretos de su virtuosismo.

—Mi tarea requiere una técnica muy depurada. Y te pongo un ejemplo —siguió diciendo con gravedad—: he desarrollado lo que yo llamo el «aplauzo sincopado», que

consiste en intercalar otra palmada en el espacio entre palmadas de un aplauso al uso, de modo que la sensación sonora es de que están aplaudiendo varias personas.

Aquel asunto tan pintoresco de los aplausos, sumado a la combinación de engreimiento y extravagancia con que el aplaudidor se expresaba, hizo que Claudia encontrara incluso atractivo al hombre pálido, con gafas, de aspecto soso y anodino que tenía sentado enfrente; y de no ser por lo que ocurrió a los postres, quizá le hubiera propuesto ir a tomar algo o dar un paseo bajo el cielo estrellado después de la cena.

Ella había pedido un tiramisú, que el camarero le llevó sin mayor problema; en cambio, cuando el mismo camarero depositó la macedonia de frutas delante de Julio, éste se enderezó un tanto en la silla y empezó a aplaudir. Él fue el primer sorprendido, pero enseguida el resto de la clientela del restaurante se volvió para mirarlo. Aplaudía con fuerza, con un entusiasmo en las manos que contrastaba con su semblante, primero confuso y luego abiertamente aterrorizado. El aplauso, que había nacido ajeno a la voluntad del aplaudidor, se desarrolló de forma igualmente autónoma durante un par de interminables minutos y, sin más, cesó.

Dos meses más tarde del ridículo e inexplicable incidente que había acabado con toda posibilidad futura de conocer mejor a Claudia, Julio regresaba a casa tras realizar la compra semanal en el supermercado. Llevaba cuatro bolsas cargadas de comida e iba pensando en el recital poético para el que le habían contratado esa misma mañana y en el que quería poner en práctica su última invención: el aplauso estereofónico. Sin embargo, un claxon y un brusco frenazo interrumpieron sus reflexiones; Julio giró la cabeza a tiempo para ver la colisión de los dos coches, que quedaron atravesados en mitad de la vía. Sin quererlo ni poder remediarlo, soltó las dos bolsas de la compra desde la altura a la que las sostenía —los huevos estallaron, varias naranjas rodaron por la acera— y empezó a aplaudir. Incluso sus piernas, con las que deseaba salir huyendo, lo desobedecieron y lo hicieron acercarse al accidente, mientras arriba las manos mantenían el aplauso. Sólo su rostro permanecía bajo su dominio: un rictus tan despavorido como avergonzado, una cabeza que se agitaba como si quisiera influir, a través de sus bruscos movimientos, en los del resto del cuerpo. Los dos conductores que salieron de los coches, listos para el reproche mutuo, con el insulto ya en la boca, quedaron hermanados al instante por el desconcierto que la imagen de Julio les producía. Varios viandantes rodearon al aplaudidor y no tardaron en increparlo. Le habían dado los primeros empujones cuando el extraño sabotaje de sus fuerzas y sus

músculos terminó y pudo correr hasta refugiarse en casa. Como había perdido toda su compra y le avergonzaba salir a la calle, pidió por primera vez en su vida comida a domicilio.

La fama del aplaudidor creció. Gracias al aplauso estereofónico, lograba convertir la más aburrida de las conferencias o el más absurdo de los mítines en un éxito incontestable. Las cadenas de televisión y los distintos partidos políticos pugnaban por hacerse con sus servicios. En virtud de su intachable profesionalidad, Julio podía aplaudir un día una cosa y al día siguiente la contraria. Esto repercutió en su modo de vida: se mudó a un piso más céntrico y más grande y entró en los círculos de los prebostes de la ciudad. Casi había olvidado por completo los dos extraños incidentes del pasado, hasta que una mañana fue testigo de cómo un joven tiraba del bolso de una anciana desde una motocicleta en marcha. El impulso de Julio para ir a ayudar a la mujer, que había caído y había sido arrastrada algunos metros, fue refrenado por su propio cuerpo, que automáticamente se activó para el aplauso. Quienes llegaron alertados por los gritos creyeron que se trataba de algún tipo de *performance*: la anciana estaba sangrando en el suelo y pedía ayuda, y a un par de metros, erguido, sonriente, eufórico, Julio la miraba y aplaudía. Ya ni siquiera dominaba la cabeza ni la cara, todo su ser estaba entregado a los vítores. Y cuando la hoja de un árbol cayó junto a él, se giró en su dirección para aplaudirla; un chico pasó en bicicleta y el aplaudidor lo ovacionó; el sol destelló en una ventana y Julio ejecutó un aplauso sincopado; escuchó que un portal se cerraba y dirigió hacia allí su aplauso estereofónico. Reconocía cualquier estímulo y lo celebraba; su aplauso era como el de una multitud y parecía proceder de todas partes. Las personas que estaban asistiendo a la mujer herida no acababan de entender. Vieron el errático alejarse del aplaudidor, que recompensaba con su aplauso indiscriminado tanto a un color como a un movimiento, a un sonido como a una fragancia, a una nube como a una papelera.

Algunas semanas más tarde, en un descampado, a las afueras de otra ciudad, varios niños jugaban a la pelota. Uno de ellos la pateó demasiado fuerte, así que tuvo que ir a buscarla hasta la acequia seca y rodeada de matas y arbustos en la que había caído. No le dio tiempo a cerrar los ojos para no ver el cadáver: tenía las muñecas desencajadas y una llaga supurante ocupaba cada palma entera de la mano. El *rigor mortis* había fijado en su rostro una sonrisa de júbilo.